

Una historia verdadera sobre la fuerza de un joven
para superar el horror nazi

EL CHICO DE BUCHENWALD

ROBERT WAISMAN
SUSAN McCLELLAND



DESTINO

ROBERT WAISMAN
SUSAN McCLELLAND

El chico de Buchenwald

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The boy from Buchenwald*
© del texto: Robbie Waisman y Susan McClelland, 2021
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2021
Todos los derechos reservados
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-08-24323-6
Depósito legal: B. 7.883-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Los gatos monteses encuentran hienas, los chivos se llaman uno al otro, allí reposa Lilit y establece su morada.

ISAÍAS, 34:14

El hombre llevaba un largo chaquetón plumizo, ajustado y limpio, adornado con botones cobrizos, una esvástica roja y medallas, que más tarde aprendí que indicaban su rango en las *Schutzstaffel*, también conocidas como SS, una unidad paramilitar del Partido Nazi alemán. El hombre tenía los ojos azul cielo entrecerrados y el ceño fruncido, y me señalaba.

Estaba desfilando con otros hombres hasta la fábrica de munición de Skarżysko-Kamienna, en Polonia. La fábrica se llamaba Hugo Schneider Aktiengesellschaft Metallwarenfabrik, pero todo el mundo la conocía como HASAG.

Trabajé en esa fábrica, igual que otros miles de judíos. Todos éramos esclavos y ninguno recibía ningún tipo de salario. Mi trabajo era estampar las iniciales FES en proyectiles de artillería para la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas nazis. Podía llegar a estampar tres mil doscientos proyectiles en cada turno de doce horas, seis días por semana. Cuando em-

pecé en la HASAG, tenía once años. Era 1942. Durante los primeros meses, trabajaba tan duro que la piel de las manos se me irritaba y me sangraba, pero sabía que, si me detenía, me ejecutarían; había visto a nazis y a soldados de otros ejércitos que trabajaban para ellos hacerlo con otras personas. Trabajé y trabajé hasta que las heridas se convirtieron en callos más duros que el cuero de los zapatos.

Solía trabajar durante el turno de mañana, que empezaba a las siete, pero estuve algunas semanas en el de noche.

Mientras marchaba con el resto de los hombres de mi turno, me aseguré de levantar bien alto las rodillas, con la esperanza de mostrarle al hombre de las SS lo sano que estaba. Con todo, el tipo me hizo un gesto para que saliera de la fila. Estaba gritando «*Raus!*», que significa *fuera* en alemán. El alemán no era demasiado distinto del yidis, que era lo que yo hablaba en casa con mi familia. Así que ya conocía un puñado de palabras alemanas cuando comencé en la HASAG. Y cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, hablaba alemán con bastante fluidez.

Controlé el nudo que se me había formado en el estómago y obedecí al hombre de las SS. Se acercó a mí y se paró tan cerca que pude notar su cálido y húmedo aliento en el rostro. Me llegó el olor a huevo y cebolla de su desayuno cuando se arrodilló para gritarme de nuevo «*Raus!*». Acto seguido, me dio la vuelta y me hundió la culata del rifle entre los omoplatos.

—Camina —me ordenó.

Cerré los ojos con fuerza; sabía exactamente adónde me llevaba: a la camioneta que esperaba al otro lado de la puerta principal de los barracones en los que nos encerraban a los obreros cuando no estábamos trabajando.

También sabía por qué me habían seleccionado. Llevaba un par de semanas sufriendo las idas y venidas de los sudo-

res y escalofríos que me provocaba la fiebre tifoidea. Cuando me bajó la fiebre y descubrí que seguía vivo, sospeché que alguno de los hombres de los barracones, quizá el carnicero *kosher* amigo de mi padre, me habría ocultado bajo montones de paja y me habría dado agua. Verás, los guardias lituanos que trabajaban para los nazis venían a las siete de la mañana y a las siete de la tarde, cuando los hombres del turno de noche y del de mañana se cambiaban los puestos, para asegurarse de que no hubiera nadie escondido ni enfermo. Fuera como fuera, no me habían descubierto.

Al acercarnos a la camioneta, abrí los ojos.

—Otro más —les escupió el tipo de las SS a los que vigilaban la camioneta.

Acto seguido, me ordenó que me subiera a la caja. Había ya unos veinte hombres, todos en los huesos y con la piel azul por la malnutrición, muchos con costras en la cara por las distintas enfermedades que fluían por los barracones igual que el río Kamienna atravesaba Skarzysko-Kamienna. También había algunos amarillentos: los esclavos que trabajaban con ácido pícrico, un explosivo relacionado con el TNT. El ácido pícrico les ponía la piel y los ojos amarillos, hasta que finalmente les destrozaba los riñones.

Sabía que nos llevaban a los bosques para matarnos, aunque primero nos obligarían a cavar nuestras propias tumbas.

—Otra rata —oí que comentaba uno de los guardias.

—Comida para los gusanos.

Me estremecí de miedo y sentí la orina recorriéndome las piernas.

Sabía que me había arriesgado al volver al trabajo cuando aún estaba pálido y me costaba moverme, pero no me quedaba otra. Si no hubiera regresado, al final se habrían percatado de mi ausencia.

Cuando mi hermano Abram trabajaba conmigo en la

HASAG, me pellizcaba las mejillas antes del recuento de las mañanas para que tuviera mejor aspecto y me colocaba cartón en las suelas de los zapatos para que pareciera más alto y mayor. A los nazis no les hacía demasiada gracia tener a críos trabajando, por lo que solían despachar a muchos, probablemente para matarlos.

Estaba sentado en la caja de la camioneta, al fondo, echando un vistazo primero a los barracones —largos, grises, negros— y, luego, al cielo que los dominaba moviéndose como humo. Detecté una nube que viajaba mucho más rápido que las demás. Tenía la forma de una isla en mitad de un mar tempestuoso. De repente, los temblores, los escalofríos que me habían calado hasta los huesos, desaparecieron.

Vi una luz, casi como un rayo de sol, algo que, en retrospectiva, debió de ser imposible en un día como aquel.

Sentí algo que me arropaba, como una suave sábana que traía consigo la calma, una paz que no había sentido durante los últimos tres años, antes de que los alemanes irrumpieran en Polonia, la ocuparan y nos la arrebataran.

Iba a morir, pero ya poco importaba.

Empecé a recordar cosas olvidadas desde que había comenzado a trabajar en la HASAG: a mi madre cantándome *Mein Shtetle Belz*. A mi padre abrigándome con su *talit* en la sinagoga, a mí mismo jugando al fútbol con mis hermanos mayores. Incluso oí la voz de mi hermana, Leah, prometiéndome que volveríamos a vernos.

La oscura nube con forma de isla se convirtió en un par de alas, como las de los ángeles. «Azrael», articulé. Pude sentir a Azrael, el ángel que transporta las almas a los cielos, abrazándome con la máxima dulzura, fundiéndome con él.

Me inundaron recuerdos de amor que sabía que me acompañarían fuera donde fuera.

Dejé de aferrarme a la vida.

Oí sonidos místicos de carrillones de viento y campanillas, e incluso un coro.

Exhalé, consciente de que estaba perdiendo el aliento.

Me hallaba en un estado de tal gracia y sobrecogimiento que en un primer instante no noté la firme mano que me agarró del cuello de la chaqueta.

Me estaban sacando de la camioneta.

El alemán que solía venir a la HASAG a vigilar a los esclavos judíos, el que no me cabía duda de que ocupaba una posición elevada en las filas nazis, puesto que los alemanes solían cuadrarse, chocar los talones, saludarlo y exclamar «*Heil, Hitler!*» cuando pasaba por delante de ellos, era quien me estaba bajando de la camioneta. Cuando los alemanes de Alemania visitaban la fábrica, solía presumir de mí y comentaba lo rápido y lo eficiente que era. Le estaba gritando al tipo armado de las SS que era un obrero demasiado valioso, que trabajaba más rápido que dos adultos juntos. Necesitaba tiempo para recuperarme. Debían salvarme.

La dulce música cesó y mi madre y mi padre desaparecieron.

Azrael también se había marchado, y los oscurísimos nubarrones del cielo habían empezado a escupir lluvia.

2

7 de junio de 1945

Olvidar a los muertos sería matarlos por segunda vez.

Elie Wiesel

El tren frenó en seco y me desperté de una sacudida.

Me froté los ojos y miré por la ventana. Las nubes se deslizaban por delante de los rayos del sol y proyectaban larguísimas sombras sobre lo que parecían interminables kilómetros de campos de trigo. Se me había dormido la mano izquierda por haberla tenido debajo de la pierna. La meneé hasta que sentí cómo volvía a la vida, alargué el brazo y abrí el cierre de la ventana. Abram Chapnik, a quien yo llamaba Abe, estaba sentado delante de mí. Se puso en pie de un salto y los dos nos asomamos para respirar el fresco aire de Francia.

Ambos nos quedamos callados, escuchando los trinos matutinos de los gorriones, un cuervo graznando en la distancia y los rebaños de vacas mugiéndose las unas a las otras.

Cerré los ojos y alcé la cabeza al cielo.

—¡Mira! —exclamó Abe—. ¡Que mires! —repitió, y me dio un golpe en el tobillo.

—¡Ay! —grité, y abrí de golpe los ojos.

Había sacado los puños por puro instinto, listo para arrearle.

La última vez que le había pegado había sido en el campo de concentración de Buchenwald, justo cuando la primavera empezaba a asomar la cabeza. Por la noche, un viento cortante se colaba por los agujeros de los muros de nuestro barracón. Sobre nuestras cabezas se oían los zumbidos y ruidos de las aeronaves.

—Aviones de guerra americanos —susurró Yakov Nikivirov, también conocido como Jakow Gofman.

Jakow era un tipo fornido, artista del Circo de Moscú o del Teatro Bolshói, nunca tuve claro de cuál de los dos, y nos había metido a Abe y a mí bajo su ala. Justo el día anterior, nos había dicho:

—Los americanos están cerca, soltando bombas sobre Weimar.

Algunos de los miembros de los movimientos clandestinos de Buchenwald, nos siguió contando Jakow, habían subido a los tejados de los barracones en las zonas más profundas del campo y habían escrito la palabra SOS con bandejas de cocina robadas a los nazis, para así avisar a los aviones estadounidenses de que no nos bombardearan.

Weimar, a unos ocho kilómetros de allí, estaba siendo pasto de los bombardeos. Solían enviarse prisioneros de Buchenwald a la ciudad después de las incursiones nocturnas de los estadounidenses para limpiar las ruinas de los edificios destruidos que obstruían las calles. Todo el mundo clamaba por ir, porque los residentes de Weimar solían ofrecer comida. Abe y yo habíamos ido en un par de ocasiones. La primera vez, una mujer alemana me había dado media hogaza de pan; la segunda, a Abe y a mí nos dieron un poco de queso y una botella de leche.

Jakow era un hombre enorme, prácticamente un gigante, y tenía un mostacho que se le rizaba en los extremos. Fue él quien nos habló

del campo y de los presos políticos, como Wilhelm Hammann, que era el Blockleiter, el líder del Bloque 8, nuestros barracones. Abe y yo lo llamábamos Willy el Alto, aunque no lo fuera en absoluto. Willy el Alto había sido profesor y miembro del Partido Comunista Alemán, regidor de un pueblo y parlamentario por la provincia de Hesse. El líder del Partido Nazi, Adolf Hitler, era un fascista, lo que significaba que era un dictador. Los comunistas, nos contó Jakow, creían en la igualdad de todos. Los comunistas eran el polo opuesto a los fascistas. Willy el Alto, como muchos otros comunistas, llevaba en prisión desde que los nazis se hicieron con el poder en Alemania en 1933.

Durante la noche de aquella campaña de bombardeos por parte de la aviación estadounidense, Abe estaba imitando el sonido de los aviones cuando BUM, BUUUM, las explosiones. Todos los niños y los hombres del barracón nos quedamos en silencio, salvo Abe.

Jakow le espetó que se callara.

El Bloque 8 estaba cerca de la puerta principal de Buchenwald. Éramos una de las construcciones más próximas a los guardias nazis, y no estábamos lejos de los edificios donde dormían los de las SS. Todos sabían que la guerra estaba terminando. Alemania había perdido. Los comunistas del campo habían tenido acceso a cierta información, y Jakow nos había contado que las fuerzas aliadas del Reino Unido y Estados Unidos, así como otro montón de países, estaban golpeando las puertas occidentales de Alemania, mientras que el Ejército Rojo de la Unión Soviética se acercaba por el este.

Todos los prisioneros del campo se estaban comportando lo mejor posible, por miedo a llamar la atención. Dado que los nazis estaban a punto de perder la guerra, no era improbable que nos mataran a todos, que colocaran dinamita por todo el campo o nos enviaran a marchar sin pausa alguna hasta que nos fallaran las rodillas y cayéramos muertos en el suelo. También corría el rumor de que los nazis habían camuflado algunos de sus bombarderos de

la Luftwaffe como aviones estadounidenses. Cuando el resultado de la guerra estuviera definitivamente decidido, dichos aviones bombardearían Buchenwald para que el mundo entero creyera que los estadounidenses habían asesinado a personas inocentes.

Pero Abe no dejaba de hacer ruidos de aviones, poniéndonos a todos en peligro. Cuando vi que se había animado aún más, le propiné un puñetazo en un ojo y otro en la nariz.

Y volvería a golpearle allí mismo, en el tren.

—Déjame en paz —le espeté, frotándome el tobillo dolorido.

Abe inclinó la cabeza a un lado y movió varias veces las pestañas que enmarcaban unos ojos chocolate oscuro que le caían en los extremos, lo que siempre le daba un aspecto tristón.

—¿Qué quieres que vea? —suspiré, notando cómo se me relajaban las manos.

Abe sacó la cabeza por la ventana y señaló hacia un punto avanzado junto a las vías. Un grupo de hombres se aproximaba hacia nosotros. El humo de sus cigarrillos se remolinaba en el aire. Llevaban boinas negras y azules. A medida que se acercaban, vi rostros curtidos y ropas ajadas; eran granjeros y hablaban entre ellos en un idioma que no había oído en mi vida.

—Francés —susurró Abe, leyéndome la mente—. Son franceses.

Los hombres hacían gestos en dirección al tren. Uno de ellos, con unas mejillas altas y afiladas y el cabello negro como el carbón, clavó la mirada en mí. Estaba rojo como un tomate y tenía los ojos encendidos. Me dirigió unas palabras que no fui capaz de entender. Me quedé sin aliento y, de súbito, me dolieron los pulmones. Creía que me iba a desma-

yar. Me di la vuelta para intentar recuperar el equilibrio y me pareció como si las paredes del tren giraran sin parar a mi alrededor.

Ya no me llegaban los aromas del campo, sino hedores de residuos humanos y podredumbre, sudor, sangre y vómito. No iba en un tren camino de Francia, sino en uno de Częstochowa, Polonia, a Alemania. Éramos cientos los judíos apiñados en vagones usados para el transporte de vacas y caballos. Estábamos totalmente apelotonados en coches de madera sin asientos, moqueta, aislamiento ni sistemas de calefacción, donde apenas teníamos espacio para girarnos, y mucho menos para sentarnos.

Nos transportaban sin comida ni agua, a veces durante jornadas de hasta cinco días. Cuando el tren se detenía, algo bastante frecuente, para permitir el paso de trenes de munición y suministros de guerra, los guardias armados abrían las puertas y nos exigían que les entregáramos los cadáveres. Los ancianos recitaban el kadish, un rezo en honor a los muertos, mientras sacábamos los cuerpos —nadie podía cerrarles los ojos a los que habían fallecido, tal como dictaba la tradición judía— y, acto seguido, todos espirábamos al ver que teníamos más espacio para movernos.

—¡Baja de la luna! —me gritó Abe.

Sentí las palmas de sus manos martilleándome las mejillas. Tosí y comencé a tomar grandes bocanadas de aire, consciente de que me había desmayado y de que posiblemente había dejado de respirar. Con los ojos aún cerrados, busqué a ciegas la mano de Abe y se la apreté con fuerza. En ese momento, Abe me susurró al oído una oración en yidis:

—Nuestro Dios, señor del universo. Escucha nuestra plegaria...

Estaba comenzando a tranquilizarme y a abrir los ojos cuando oí golpes secos contra los laterales del tren. Eché un vistazo por la ventana y vi que los franceses nos estaban lanzando piedras. Una, del tamaño aproximado de un huevo de ganso, entró volando por nuestra ventana y chocó sonoramente contra el extremo del vagón. Volví sin perder un instante a mi asiento, me hice un ovillo y me tapé los oídos con las manos para bloquear el ruido.

Levanté un brazo y tiré a Abe de la camisa para que se sentara.

—¡Déjame! —exclamó—. Los franceses no saben quiénes somos por la ropa que llevamos. No nos va a pasar nada.

Me di palmaditas en la camisa y los pantalones cortos. Después de que los estadounidenses llegaran a Buchenwald, algunos de los soldados les habían pedido a los comunistas del campo que nos buscaran ropa nueva. Éramos casi mil niños, y todos íbamos con los pijamas del campo de concentración hasta arriba de piojos y posiblemente también de otros insectos, como pulgas, que transmiten el tifus. Alguien encontró un almacén repleto de uniformes, zapatos y botas de las Juventudes Hitlerianas. No había suficientes uniformes para todos, pero la gran mayoría, yo incluido, pudimos cambiarnos los pijamas, que lo más probable era que hubieran pertenecido a gente ya muerta, por ropas que habían pertenecido a asesinos.

—Mira —trató de susurrar, sin éxito, Abe—. Tienes que mirar.

Saqué de nuevo la cabeza por la ventana, poco a poco. Dos de los niños de Buchenwald y el rabino Robert Marcus, el capellán del ejército estadounidense que nos acompañaba, charlaban con los franceses.

—Romek, no estamos en peligro —me dijo Abe—. Los franceses nos tienen más miedo que nosotros a ellos. Odian a los nazis. El rabino les está explicando quiénes somos.

Me relajé y agucé el oído mientras el tren se sumía en el silencio. El francés sonaba como un río con alguna que otra crecida, como el *crescendo* de una sinfonía.

Cuando me recosté de nuevo en mi asiento, entró en nuestro vagón un chico mayor, bajito como Abe pero no tan fornido, con las rodillas algo deformadas y llenas de magulladuras. Se dejó caer en la butaca que había justo enfrente de la mía. Sin esperar a que le preguntáramos, el muchacho empezó a contarnos lo que Abe me había comentado. Supuse por su acento polaco que sería de Cracovia o de Łódź. Debía de tener unos dieciséis años, pero era difícil saberlo.

Abe volvió a tirarme de la manga. Todos, incluido el chico nuevo, sacamos la cabeza por la ventana y vimos a los franceses soltar una carcajada y estrechar las manos de los niños y del rabino. Poco después, un grupo de mujeres francesas cargadas con cestas de mimbre rebosantes de comida se acercaron al tren sonriendo. En aquel tren, de unos ocho o nueve vagones, íbamos 427 niños de Buchenwald. Una organización humanitaria infantil —que más tarde supe que se llamaba Œuvre de Secours aux Enfants, aunque todo el mundo la llamaba OSE— había organizado nuestra salida de Buchenwald. Nos dirigíamos a Francia, pero otro grupo, uno más pequeño en otro tren, iba camino de Suiza. Nuestro tren estaba formado por los niños más pequeños de Buchenwald, y todos acabamos alzando los brazos al aire mientras las mujeres nos entregaban botellas de leche de vaca y de cabra, palitos de pan, manzanas y melocotones.

Al cabo de un tiempo, el tren se puso en marcha de nuevo y tomó una vía secundaria cerca de Metz, en el noreste de Francia. El rabino Marcus recorría el tren explicándonos a todos que pasaríamos allí la noche, por seguridad, hasta que los franceses pudieran identificar en condiciones quiénes éramos y, sobre todo, qué no éramos: nazis.

Durante la noche, algunos de los chicos usaron la pintura blanca que les había dado un granjero y escribieron lo siguiente en las paredes del tren, en francés, inglés y yidis:

Somos supervivientes de Buchenwald.

¿Dónde están nuestros padres?

Somos huérfanos de Buchenwald.